

Pie de Palo

En las sierras de Pie de Palo, hace muchos años existía una tribu Huarpe que constantemente era atacada por un feroz puma.

Era tal el terror que producía en la tribu, que su propio cacique salió a perseguirlo. Lo rastreó por las quebradas hasta que lo encontró. Allí se trabó en una lucha con el salvaje animal. El valiente cacique pudo derrotarlo, pero sufrió varias heridas en el cuerpo y en su pie izquierdo, que quedó casi desprendido. Por esa causa, y para salvarle la vida, tuvieron que amputarle el pie a la altura del tobillo y reemplazarlo por uno de madera de algarrobo, árbol que crecía en abundancia en la zona. Desde ese momento fue llamado por todos, cacique Pie de Palo y continuó siendo tan valiente y respetado como siempre. Sus palabras calmas aconsejaban sabiamente a los de su tribu y su valor e inteligencia daban seguridad a los suyos.

Durante su vida este valiente huarpe fue acumulando riquezas en un lugar secreto de las quebradas como reservas para el futuro de su tribu.

Tiempo después Pie de Palo probó su valentía enfrentándose con los colonizadores, quienes al enterarse del tesoro que este escondía celosamente en las montañas, quisieron apoderarse de él.

La lucha con los conquistadores fue incansable y desigual y le dejaron heridas profundas. Apenas si pudo escapar de la de la pelea y, buscando alivio a su dolor, se recostó entre las piedras estirándose cual largo era, convirtiéndose ese en su sueño eterno.

El poderoso dios de los Huarpes, Hunuc – Huar, lo transformó en piedras elevando aún más el cerro, desde allí, el cacique Pie de Palo vigila el tesoro y a su gente convertido en un gigante que nadie podrá mover de su tierra. Mientras que su pie de palo vaga solo por las sierras produciendo un sonido amenazador.

Leyenda sanjuanina
Diario de Cuyo, 2010.

Carta de Drácula a su Tía

Querida tía Brucolaca:

¡Cuánta razón tenían vos y el tío Malmuerto cuando me decían que nunca me asomara de día fuera del castillo!

Te cuento:

El jueves puse el despertador a las doce de la noche, como siempre, y sonó a las doce del mediodía.

¡Qué desgracia!

Un rayo de sol me dio en plena cara y cuando quise acordarme, me había llenado de pecas.

¡Sí, tía! Oíste bien: ¡PECAS!

Es común que eso les pase a los mortales. Pero, cómo te imaginarás, es terrible para la gente como uno.

Ahora los muchachos se ríen y me gastan. Boris, Vampirofredo y el Bebe Colmillo no quieren salir más conmigo de noche. Dicen que soy un quemo.

Por favor, tía: mandame ciento veinte pomos de Pecasín y una crema para la napia que se me peló un poco.

No te demores. Voy a quedarme encerrado hasta que recupere mi saludable color verdoso.

Un beso de tu sobrino que te adora, Drácula.

Ema Wolf

Los Imposibles. Ed. Sudamericana. Plan flauta



Los isondúes (leyenda de Entre Ríos)

Cuando Tupá creó a los hombres, quiso que tuvieran todo lo necesario para vivir. Entonces les dio el fuego.

Una noche Añá, el malo, bajó a la Tierra y se llevó un disgusto. Esperaba encontrar a los humanos temblando de frío. Pero a lo largo de los campos vio fogatas que los calentaban. Peor aún: esos fogones los unían, los invitaban a conversar, a entenderse y a compartir los alimentos.

Enfurecido, Añá voló sobre los campos y sopló fuerte para apagar cada fuego.

Miles de chispas se esparcieron por el aire. Él seguía soplando para no dejar ni una.

Tupá vio lo que sucedía y pensó cómo hacer para que Añá perdiera la partida.

Entonces transformó las chispitas en *isondúes*: pequeños insectos que al volar se encienden y se apagan.

Añá no se dio cuenta de la transformación. Siguió persiguiéndolos, creyendo que eran chispas, y así se alejó de las fogatas.

Los hombres lloraban por aquel viento cruel que había apagado sus llamas. Pero aún quedaban brasas encendidas, y Tupá les enseñó cómo avivarlas y volver a tener fuego.

Desde entonces, los *isondúes* iluminan los campos y alegran al caminante nocturno.

Tupá: dios de los guaraníes.

Añá: espíritu del mal.

Isondúes: luciérnagas, bichitos de luz.

Versión de Nicolás Schuff.

PARA
SABER MÁS

Las **leyendas** son creadas por los pueblos y cuentan el origen de elementos, a veces naturales. Se transmiten de manera oral, de generación en generación. Algunos escritores, como Nicolás Schuff, escribieron versiones de leyendas con su propio estilo.

